

más tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe^a de correr del todo.

a. ...por no acabarle. MAI.

nioso, y las agasajó con el talismán de que engalanasen con nuevas significaciones las voces ya conocidas, y para ello puso en manos del hombre el hilo de oro de la analogía.

«Ha sido tan útil esta invención, — escribe el autor de *El culto sevillano* (pág. 184), — que fuera muy pobre nuestra lengua sin ella; porque de sólo el verbo *correr* usamos en diez ó doce cosas, no significando con él más que el movimiento más veloz del animal; y, así, decimos que *corren* el agua, el viento, el término y plazo, el arrendamiento, las cortinas, las piezas de las cosas, la moneda, la mercadería, la nueva, la enfermedad, el riesgo, y que se *corren* las velas derriéndose y los que no sufren burlas, con que ahorramos otros tantos vocablos.»



CAPÍTULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote

ACABÓSE la buena ^a comida, ensillaron luego, y, sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza ^b; y, aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir.

La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir ^c á D. Quijote y á Sancho, les salieron á recibir ^d con muestras de

a. Acabóse la breve comida. ARG. 1.º, BENJ. = b. ...de Sancho, y aunque. BR. 2.º = c. ...que vieron á D. Quijote, FK. =

d. ...le salieron á recibir. L. 3, A. 2, ARR., CL., GASP., FK. — ...le salieron á recibir. RIV. — ...les salieron á recibir. MAI.

Con todo y no correr rápidamente la narración á su desenlace (reparo que no se oculta á los ojos del crítico), reconoce, sin embargo, que la siguiente relación tiene un encanto singular, no por la pintura del cansancio y falta de sueño de D. Quijote; no por la discusión, llamémosla así, habida entre el cura y el ventero sobre la falsedad de los libros caballerescos; no por las dudas y vacilaciones de Sancho sobre la posible realidad de los caballeros andantes; sino por las pinceladas de fina observación, llenas de profunda psicología, en las que, con un solo rasgo, se pintan los diversos efectos que en la gente del pueblo, aun siendo de una misma condición, aun teniendo todos un mismo grado de cultura, causa el relato de hechos, si deslumbradores por lo fantásticos, más en armonía con lo inverosímil que con lo verdadero.

El cuadro de Maritornes, la hija del ventero, éste y su mujer, constituidos, como en Academia, para juzgar la obra caballeresca, es, sin duda, lo que realza y avalora el mérito del presente capítulo.

mucha alegría, y él las recibió^a con grave continente y aplauso^b, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho^c que la vez pasada; á lo cual le^d respondió la huéspedea que, como la^e pagase mejor que la otra vez, que^f ella se le^g daría de príncipes^h. D. Quijote

a. ...y él las recibió. RIV. — ..y él los recibió. ARG.₁. — ..y él les recibió. MAI. — b. ...continente y pausa, y díjoles. ARG.₁, BENJ. — ...continente y apeán-dose díjoles. ARG.₂. — c. ...le aderezasen otra mejor cama que la vez. V._{1,2}, MIL. — d. ...á lo cual respondió. C.₃, BOW.,

PELL. — e. ...como le. L._{1,2,3}, BR._{1,2}, A.₂, ARR., CL., RIV., GASP., ARG._{1,2}, MAI., BENJ. — f. ...otra vez ella. BR._{1,2}. — g. ...ella se la daría. C._{1,2,3}, L._{1,2}, V._{1,2}, BR._{1,2,3}, MIL., AMB., TON., A.₁, BOW., PELL. — ...ella se lo daría. MAI. — h. ...de príncipe. ARG._{1,2}, BENJ.

Línea 1. ...y él las recibió con grave continente y aplauso. — Para los versados en la lengua de Cicerón, no es nuevo el sentido metafórico en que se toma la voz *aplauzo*, porque saben que en ella, como en la nuestra, recorre extensa gama de significaciones, desde la de *alegría* á la de *aprobación*, desde la de *gozo* y *contento* á la de *viva simpatía* que despiertan en nosotros los actos verdaderamente hermosos. De todo ello hallará delicados matices en estos ejemplos el discreto lector:

«Dióse principio á las fiestas de toros, y con un muy bien ordenado juego de cañas se concluyeron, con general *aplauzo* y regocijo de todos los que las miraban, por no haber habido en ellas desgracia alguna.» (GONZALO DE CÉSPEDES. *El español Gerardo*, discurso 1.º)

«Alentó la milicia con premios y excepciones, ganó el *aplauzo* de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra; hizo más señor de los nobles con dejarse comunicar, templando aquella especie de adoración á que procuraban elevar el respeto sus antecesores.» (SOLÍS. *Conquista de Méjico*, lib. V, cap. 4.)

«Tuvo esta demostración grande *aplauzo* entre los nobles y plebeyos de la ciudad, porque amaban todos al difunto como padre de la patria.» (SOLÍS. *Ibid.*, lib. V, cap. 5.)

«...ejecutado uno y otro con tanto brio y puntualidad, que se conoció repetidas veces el *aplauzo* de la muchedumbre y llevó que aprender la milicia forastera.» (SOLÍS. *Ibid.*, lib. V, cap. 9.)

«Aprobaron todos el arbitrio, y, abrazando á Villafañá, empezó el tumulto en el *aplauzo* de la sedición.» (SOLÍS. *Ibid.*, lib. V, cap. 19.)

«Añade que solicitar en los sermones el gusto ó deleite del auditorio y el *aplauzo* (1) del orador, es contra toda regla de la verdadera elocuencia, la cual sólo debe tirar á convencer, á persuadir y mover.» (P. ISLA. *Fray Gerundio de Campazas*, II, lib. IV, cap. 5.)

En el opúsculo intitulado *Fiestas de Zaragoza*, por haber promovido Su Majestad al Ilmo. Sr. D. Fr. Luis de Aliaga en el cargo de Inquisidor general (pág. 49), se lee:

«El Dr. D. Antonio Xaviere... y el Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola... entraron á dar su embajada al señor Inquisidor general, Fr. Luis de Aliaga. Y habiéndoles recibido su ilustrísima con grande *aplauzo* y especial contentamiento, refirieron el que tiene este Cabildo.»

(1) Satisfacción con que el orador ve que agradan sus sermones.

dijo que sí haría; y, así, le aderezaron uno^a razonable en el mismo caramanchón^b de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio^c.

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspedea arremetió al barbero, y, asiéndole de la barba, dijo: «— Para mi santiguada, 5 que no se ha aun^d de aprovechar más de mi rabo^e para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza... digo, el peine que solía yo colgar de mi buena cola.»

No se la quería dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta 10 que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á D. Quijote que, cuando le^f despojaron los ladrones galeotes, se había^g venido á aquella venta hu- 15 yendo; y que, si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le había enviado^h adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo elⁱ libertador de todos. Con esto^j dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad 20 de D. Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese; y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida. Y, á todo esto, dormía D. Quijote, y fueron 25 de parecer de no despertalle^k, porque más provecho le haría por

a. ...aderezaron una razonable. C._{2,3}, A.₁, BOW., PELL. — ...aderezaron una cama razonable. V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., TON. — ...aderezaron un lecho razonable. BR._{1,2}. — b. ...caramanchón de marras. C.₃, V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., TON., A.₂, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG._{1,2}, MAI., BENJ., FK. — c. ...y falto de sueño. ARG._{1,2}, BENJ. —

d. ...que no se ha de aprovechar. TON., ARR. — ...no se ha vuestra merced de aprovechar. ARG._{1,2}, BENJ. — e. ...de mi raba. GASP. — f. ...cuando lo despojaron. BOW. — g. ...habían venido. V._{1,2}, MIL. — h. ...imbiado. V._{1,2}. — i. ...al libertador. TON., MAI. — j. Con esto el barbero dió de buena gana la cola á la ventera, y. BR._{1,2}. — k. ...despertarle. MAI.

2. ...venía muy quebrantado y falto de... — La observación hecha por Clemencin de que, sin duda alguna, el original de Cervantes diría *sueño* en lugar de *juicio*, no es nueva en la historia del comentario, puesto que, ya en 1668, apareció enmendado el yerro en la edición llamada «de la Imprenta Real».

Parece indudable que así ha de ser, ya que el contexto del pasaje está más en armonía con la idea de *sueño* que con la de *juicio*.

«...y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada... porque venía muy quebrantado y falto de...»

Claramente se ve que ha de seguir la voz *sueño* y no la de *juicio*.

entonces el dormir que el comer. Trataron sobrecomida, estando delante el ^a ventero, su mujer ^b, su hija ^c, Maritornes y ^d todos los pasajeros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habían hallado. La huéspedada les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido; y ^e, mirando si acaso estaba allí Sancho ^f, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron ^g. Y, como el cura dijese que los libros de caballerías que D. Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero: «— No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor letura ^h en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos, con otros papeles ⁱ, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay alguno ^j que sabe leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle ^k escuchando con tanto gusto, que nos quita ^l mil canas. Á lo menos de mí sé

a. ...del ventero. V._{1,2}. = b. ...su mujer y su hija. AMB. = c. ...hija y Maritornes. C.₃, L.₃, BOW., PELL., FK. = d. ...Maritornes todos los. C._{1,2,3}, L._{1,2,3}, V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., BOW., MAI., FK. = e. ...acontecido, mirando. C._{2,3}, L._{1,2,3}, V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., A._{1,2}, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP. = f. ...Sancho y como no. V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., TON., BOW. = g. ...recibieron.

RIV. = h. ...no hay mejor letrado en el mundo. C._{1,2}, L._{1,2,3}, V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., FK. = ...no hay mejor lectura. GASP., MAI. = ...no hay mejor leyenda. ARG._{1,2}, BENJ. = i. ...ó tres de ellos que verdaderamente. ARR. = j. ...y siempre hay algunos que saben leer. C._{1,2,3}, L._{1,2}, V._{1,2}, BR.₃, MIL., AMB., BOW. = k. ...y estámosle escuchando. AMB. = l. que nos quitan. L._{1,2}.

1. *Trataron sobrecomida... de la extraña locura de D. Quijote.*— De sobremesa solemos decir ahora. El P. Isla lo usaba como en el siglo XVII, pero añadiendo, con su habitual donaire, el *sobrebebida*:

«...para marchar á Vacarilla en compañía de su mayordomo el tío Bastián, que para entonces ya le suponían perfectamente convalecido del accidente que le había acometido de *sobrecomida* ó *sobrebebida*.» (*Fray Gerundio*, lib. III, cap. 4.)

12. *...cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas.*— Imagínese el lector trasladada al lienzo esta, por todo extremo colorista, descripción cervantina, y, ciertamente, traerá á su memoria aquel otro cuadro, también impresionista, de los segadores sentados en torno del que, con el libro de *Don Cirongilio* en la mano, evoca el recuerdo de las primeras edades con la patriarcal costumbre de congregarse, al caer el manto de la noche, junto á la puerta de una choza, ó bajo la copa de los árboles, para escuchar con creciente interés las doradas leyendas que cuenta un anciano, ó las no menos bellas que relata la gente moza, de feliz inventiva.

decir ^a que cuando oyo ^b decir ^c aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

— Y yo ni más ni menos, — dijo la ventera; — porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquél que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado que no os acordáis de reñir por entonces.

— Así es la verdad, — dijo Maritornes. — Y á buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas; y más cuando cuentan que se está la otra señora, debajo de unos na-

a. ...decir aquellos furibundos y terribles. L.₃. = b. ...que cuando oigo decir. | TON., MAI., FK. = c. ...oyo aquellos furibundos. ARG.₂.

8. *Y á buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas.*— Si la primera cualidad que debe adornar al novelista es la observación; si á ésta ha de añadir la gracia de saber pintar los personajes que entran en la fábula con rasgos generales y característicos en los que aparezcan física y moralmente retratados; Cervantes, que, con sólo decir que la criada del mesón era una muchacha ancha de cara y llana de cogote describió el tipo de Maritornes, ahora nos muestra, como en claro espejo, sus sentimientos, lo más íntimo del alma. Pero no le sirve únicamente de modelo la puntualísima moza, sino que también el ventero y su hija han sido blanco de su perspicaz mirada.

Huyendo de todo artificio, podríamos decir que en este pasaje se estudian las creaciones caballerescas desde tres puntos de vista, enteramente opuestos, ya que para el ventero «no hay mejor lectura en el mundo» que la de las crónicas andantescas. Las producciones de ambos Luises, de Vives y Gracián, ¿qué valían al lado de los disparatados engendros que tanto hicieron sudar las prensas durante el siglo XVI? En estos libros palpaba un algo que llegaba al corazón del pueblo; en estas relaciones se reproducían, si bien agrandadas, las proezas que unos cuantos aventureros hacían en las Indias. Para el ventero, pues, sólo hay, en ese linaje de obras, desafíos y riñas, batallas y terribles golpes, ejércitos numerosísimos que combaten llevando la desolación y ruina por doquier, ríos que se vuelven tintos en sangre: ¡tan grande es el caudal de heridas que se producen ambos combatientes!

En cambio, para la puntual Maritornes, nada tan delicioso como aquellas entrevistas nocturnas que allí se leen; nada tan regocijado como los tiernos y apasionados coloquios del héroe y una princesa ó un hermoso escudero con una casquivana emperatriz. Así como el amo se encanta oyendo relatar las inverosímiles proezas de un hombre fuerte y valeroso que quiere abismar para siempre el espíritu del mal, la desenvuelta moza se extasia escuchando cómo el amor resta fuerzas al valiente paladín. Y, en tanto la hija del ventero no gusta de las descripciones accidentadas que entusiasman á su padre, ni de las escenas realistas que mucho agradan á la moza del mesón, solázase oyendo las lamentaciones de los paladines, y hasta increpa á las señoras que tales males ocasionan. Si el amor que ellos sienten es verdadero, ¿á qué hacer que sufran, se lamenten y padezcan? ¡Qué manera de pintar los tres personajes! La fuerza bruta en el amo, el sensualismo en Maritornes, el amor en la hija del ventero.

ranjos, abrazada con su caballero^a, y que les está una dueña haciéndoles^b la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto... Digo que todo esto es cosa de mieles.

— Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? — dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

— No sé, señor, en mi ánima, — respondió ella. — También yo lo^c escucho, y en verdad que, aunque no lo entiendo, que recibí gusto en oírlo^d; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les^e tengo.

— Luego, ¿bien las^f remediárades vos, señora doncella, — dijo Dorotea, — si por vos lloraran^g?

— No sé lo que me hiciera, — respondió la moza. — Sólo sé que hay algunas señoras de aquéllas, tan crueles, que las llaman, sus caballeros, tigres y leones y otras mil inmundicias^h; y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia que, por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva locoⁱ. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

— Calla, niña, — dijo la ventera; — que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.

— Como me lo pregunta^j este señor^k, — respondió ella, — no pude dejar de respondelle^l.

— Ahora bien, — dijo el cura; — traedme, señor huésped, aquellos^m libros, que los quiero ver.

a. ...caballeros. L.^{1,2}. = b. ...haciendo. ARG.^{1,2}, BENJ. = c. ...le escucho. MAI. = d. ...en oírlo. MAI. = e. ...que los tengo. GASP. = f. ...bien la remediárades. BR.³, AMB. — ...los remediárades. TON., ARG.³, BENJ. — ...las remedia-

riais. MAI. = g. ...por vos lloran. V.^{1,2}. = h. ...mil insolencias. ARG.^{1,2}, BENJ. = i. ...loco y no sé. ARG.¹, BENJ. = j. ...lo preguntaba. CL., RIV., GASP., ARG.^{1,2}, BENJ. = k. ...esta señora. RIV. = l. ...de responderle. MAI. = m. ...aquellos. GASP.

19. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. — Para el arte importa más lo que deja adivinar, lo que insinúa, que lo que dice. Por eso son tantos los pasajes escabrosos en el *Don Quijote*. Si ha de tenerse al eufemismo por hijo de la discreción, la pregunta de Dorotea: «— Luego, ¿bien las remediárades vos... si por vos lloraran?» merece un lugar en las páginas del libro intitulado *La delicadeza en el arte*, ya que en ella se dan la mano el candor intencionado y la sabrosa malicia de femenina curiosidad.

¡Qué melindres! ¡Qué melindres!

— Que me place », respondió él. Y, entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla. Y, abriéndola^a, halló en ella tres libros grandes^b, y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era^c *Don Cirongilio de Tracia*, y^d el otro de^e *Felixmarte de Hircania*,

a. Y, abriéndola el cura, halló. ARG.¹, BENJ. — Y, abriéndola, halló el cura en ella. ARG.². = b. ...tres libros grandes. El primer libro que abrió. ARR. =

c. ...eran D. Cirongilio. C.¹. = d. ...y en el otro. MIL. = e. ...otro Félix Marte. CL., RIV., FK. — ...otro D. Félix Marte. ARG.^{1,2}, BENJ.

4. El primer libro que abrió, vió que era «*Don Cirongilio de Tracia*». — Rarísima, en verdad, la producción que tenía el ventero; y no solamente en nuestros tiempos, sino ya en época de Cervantes, pues, según el inventario que de esta clase de obras hizo el docto Gayangos, una sola edición se conoce de tan peregrino libro.

Diriase, sin faltar en ello á la verdad, que parece haber huido de caer en manos de los comentadores. El tan diligente Bowle ni aun lo menciona en su pacientísima labor cervántica; Pellicer sólo copia el título; Clemencín dice: «Yo no he logrado ver esta historia á pesar de las diligencias que he practicado para conseguirlo.» Bastús copia á Nicolás Antonio; Arrieta hace lo que Pellicer, que es bien poco; y muchos ni á mencionarle llegan.

Tampoco han sido más afortunados nuestros bibliógrafos. Nicolás Antonio confiesa no haberlo visto (1), y Gayangos, en su *Discurso*, manifiesta que «aun pudiéramos decir algo del *Don Cirongilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas; del *Don Cristalián de España*, de D.^a Beatriz Bernal, dama principal de Valladolid, hija quizá del bachiller Fernando Bernal, que, según arriba dijimos, compuso la historia del buen duque Floriseo y la de Reymundo de Grecia; del *Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada, secretario de los condes de Benavente, que el cura mandó arrojar al corral por disparatado y arrogante; y, por último, del *Policisne de Bercia*, de D. Juan Silva y Toledo; libros todos que, ó formaban la caballeresca librería de D. Quijote, ó se hallan citados y aludidos en las inimitables páginas de aquella obra inmortal; pero nada sabríamos añadir á lo que de sus cofrades y compañeros dejamos ya sentado. Todos se parecen en el fondo, todos representan al vivo las cualidades propias de un buen caballero: valor intrépido en las batallas, amparo del oprimido y menesteroso, cumplimiento de la palabra empeñada, lealtad en los amores, galantería con las damas, cortesania y comedimiento con los iguales, respetuosa veneración de los ancianos y mayores en estado, así como generosa condescendencia con los inferiores; en una palabra, cuantas dotes y cualidades constituían, á juicio de sus autores, un perfecto caballero; porque apenas se hallará uno que, al escribir tales libros, no declare ser su objeto é

(1) Bernardus de Vargas, scripsit, & marchioni de Villena nuncupavit hujus tituli fabulosam historiam pro mors suae aetatis:

Los cuatro libros del Valeroso Caballero Don Cirongilio de Tracia, hijo del noble Rey Eleofrón de Macedonia. Según lo escribió Nouareo en Griego y Promisus en Latín (ita impune tunc temporis imponebatur lectoribus) Hispali apud Jacobum Cromberger 1545 fol. Promittit in hac alteram partem.

De los hechos del príncipe Chrisocalo.

y el otro la historia del Gran Capitán *Gonzalo Hernández de Córdoba*, con la vida de *Diego García de Paredes*.

Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: « — Falta nos hacen^a aquí ahora el ama de mi
5 amigo y^b su sobrina.

a. ...nos hace aquí. BR.3, AMB. = b. ...y más su sobrina. L.1.2.

intención enardecer los ánimos de los leyentes, é incitarlos á la imitación de aquellos modelos del más cumplido caballerismo.»

Las ambigüedades de éstos, el empeño de aquellos que se limitaron á copiar á N. Antonio ó bien al P. Méndez, y el acudir, en último término, á Brunet, han sido causa de que, instigados por lo que expresa el primero de nuestros críticos, Menéndez y Pelayo: «Sólo por la circunstancia de estar mencionado en el *Quijote* hay todavía quien recuerda el *Don Cirongilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas» (1), nosotros hayamos querido leer este disparatado libro, del que dice Ticknor, en su *Historia de la Literatura española*, que Johnson, según testimonio del obispo Percy, lo leyó durante un verano. «Muy dudoso es, — añade Bronswell, biógrafo de Johnson, — haya habido después inglés que haya hecho otro tanto.»

Á la exquisita amabilidad de D. Isidro Bonsoms débese haber disfrutado, con la mayor holgura, de tan rarísimo ejemplar.

«*Los cuatro libros del valeroso cauallero «Don Cirongilio de Tracia.»* (Folio I.) Libro primero del inuencible cauallero Don Cirongilio, hijo del noble rey Eleofrón de Macedonia, según la escribió el célebre hystoriador suyo Nouarco en la lectura Griega y promusis en la Latina, trasladada en nuestra lengua Española por Bernardo de Vargas... (Folio LXVIII.) Libro segundo del valeroso é inuencible cauallero Don Cirongilio, que tracta de las proezas y hazañas que hizo llamándose el cauallero de la Sierpe, según escriue el sabio y excelentísimo scriptor y coronista suyo Nouarco... (Folio CXV.) Libro tercero del valeroso é inuencible cauallero Don Cirongilio de Tracia, que trata de las proezas y hazañas que hizo, según escriue el sabio y excelentísimo coronista suyo Nouarco... (Folio CLXIX.) Libro cuarto del noble y esforçado cauallero Don Cirongilio, que trata de como fué conocido por rey de Macedonia y Tracia: y del casamiento suyo con la infanta Regia su señora... (Al fin, folio CCXVIII.) Á gloria y honrra de Dios todopoderoso y de su bendita Madre fenese los quatro Libros del muy esforçado é inuencible cauallero Don Cirongilio, rey de Tracia y Macedonia, hijo del rey Eleofrón, según los escriue el sabio coronista suyo Nouarco, nueuamente romançados y puestos en tan elegante estilo que en lengua Castellana á la latina Ciceroniana en alguna manera podemos dezir que haze ventaja. Imprimióse en Seuilla por Jacome Cronberger. Acabóse á diez y siete días de Diziembre. Año del nascimiento de nuestro Saluador Jesu Cristo de mil DXLV años.»

Es un libro en folio, á dos columnas, letra Tortis, con los tres primeros folios sin numerar y doscientos diez y ocho numerados (2), á excepción de los CXV y CLXIX, que no lo están por tener los grabados referentes al tercero

(1) *Orígenes de la novela*. I, pág. 280. — Madrid, 1905.

(2) En el *Catálogo de la Exposición celebrada en la Biblioteca Nacional en el tercer centenario de la publicación del «Quijote»*, aparece un error en la descripción de este libro, pues dice consta de 318 hojas foliadas.

— No hacen, — respondió el barbero; — que también sé yo llevarlos^a al corral ó á la chimenea^b, que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

a. ...llevallos. L.1.2, FK. = b. ...chimenea. BR.3, AMB., TON., BOW.

y cuarto libro. El dibujo que aparece en el folio LXVII vuelto es casi igual al que se halla al frente de la edición del *Amadís de Gaula*, de 1519; y decimos «casi igual» porque muy pocas son las variantes que se ven entre uno y otro grabado, siendo la más importante decir *Don Cirongilio* en lugar de *Amadís de Gaula*.

Adviértese á la simple lectura que Bernardo de Vargas era aficionado á la poesia (mucho más que el que escribió los tres primeros libros, en los que se narran las proezas del amante de Oriana), por cuanto en el cuerpo de la obra se leen algunas canciones y glosas (1). Que sentía la belleza, lo muestra la composición que copiamos. Es la primera que aparece en la obra de Vargas.

«CANCIÓN

*No hay igual, igual, igual,
Ni lo ovo á mi tormento
Antes es tan desigual
Que remedio á mi gran mal
Ni lo hallo ni lo siento.*

GLOSA

Es mi mal tan sin medida, — tan supremo y tan crecido,
Que como cosa aburrída — ya no curo de la vida,
Ni la busco ni la pido. — Ni la busco porque veo
Irreparable mi mal; — no la pido ni desseo
Porque á mi pasión yo creo — *no ay igual, igual, igual.*
No lo ay ni pienso avrá, — ni es pasado, ni presente,
Ni es, ni fué, ni será, — ni se vió, ni se verá,
Ni humano sintió ni siente. — Que es tan grande, tan sin medio,
Esta fatiga que siento — que á mi encendido cauterio
No es posible aurá remedio, — *ni lo ovo á mi tormento.*
Del tormento que se espera — la gloria do es el daño
La pena que es medianera — es holganza más entera
Porque carece de engaño. — El fuego que me convierte
En ceniza potencial, — ved qué tal será su suerte
Que da por remedio muerte — *quanto será desigual.*
Es su suerte, tan sin suerte, — es su suerte tan atroz,
Es tan excessiua y fuerte — que al uniuerso conuierte
Amancilla con su boz. — La qual boz es si es á tal
Es tanto mi sentimiento — mi pena tan desigual,
Que remedio á mi gran mal — ni lo hallo ni lo siento.»

Aparte del defecto general en esta clase de producciones, ¿no hay un algo poético en la anterior composición?

(1) Lib. I, cap. 21 y 27, y lib. III, cap. 14 y 16.